

# Índice

<b>1</b>	<b>Paralelismos, conexiones, desviaciones.....</b>	<b>9</b>
	Introducción .....	9
	Resistencias .....	17
	Lecturas sociológicas .....	20
	Programas y teorías .....	23
	Estatus del psicoanálisis .....	26
	Antecedentes freudianos.....	29
	Contacto de Freud con el darwinismo.....	35
	Lo inconsciente .....	38
	El aparato psíquico.....	39
	Asalto a lo mental.....	44
	La psicología en Darwin .....	46
	Darwin y Wallace.....	51
	Miradas al más allá .....	56
<b>2</b>	<b>Teoría y praxis: lecturas freudianas del evolucionismo.....</b>	<b>71</b>
	Hipótesis y ficción.....	78
	El reino de Edipo.....	82
	Incursiones antropológicas: el horror al incesto.....	87
	A la caza de un complejo .....	107
	Ontogenia y filogenia: todo es recapitulación .....	119
	El problema Lamarck .....	127
	El incómodo lamarckismo de Darwin .....	132
	Canto del cisne lamarckista .....	142
	Un proyecto lamarckista frustrado.....	144
	Ansias de muerte.....	148
<b>3</b>	<b>Consecuencias, rechazos, renovaciones .....</b>	<b>161</b>
	La fuerza de los complejos.....	162
	La llamada del mar .....	167
	Imaginando arquetipos .....	180
	Viaje a la URSS .....	199
	Primates ante el espejo .....	201
	La etología y más allá.....	209
	<b>Bibliografía.....</b>	<b>213</b>

## Introducción

El mundo del presente y el lugar que el ser humano ocupa en él —lo mismo física que culturalmente— puede considerarse fruto de varias revoluciones situadas a diferentes distancias temporales y adscritas a campos concretos y de efectos igualmente disímiles. Este catálogo de convulsiones debe inexcusablemente iniciarse con la revolución científica de principios del siglo XVII, bien que una de sus piedras fundacionales, el libro de Copérnico (1543)<sup>1</sup>, *De revolutionibus orbium cœlestium*, sea anterior en más de media centuria. En el llamado siglo de las luces tuvieron lugar dos transformaciones decisivas, cuyas consecuencias llegan hasta nuestros días, la revolución industrial y el auge del librepensamiento, germen en absoluto desdeñable de la cadena de sucesos que desembocaron en la Revolución Francesa. Indudablemente, en el siglo XX, al que sin mucho margen de error podría llamarse el de las “grandes guerras”, varios procesos anteriores padecieron crisis existenciales; así, la visión newtoniana sufrió la torsión de las teorías de Einstein, que subsumieron las del gran físico británico como un caso particular del planteamiento espacio-temporal relativista. En lo histórico-político, los dos gigantescos conflictos planetarios supusieron, por un lado, el disparadero de la última gran revolución política en Occidente, la soviética de octubre de 1917 —modelo, a fin de cuentas, de todas las intentadas con posterioridad en Asia, África o Latinoamérica— y la confrontación de los sistemas políticos democráticos y dictatoriales<sup>2</sup>. El comienzo de la era nuclear, con el estallido de la primera bomba atómica sobre Hiroshima, el 6 de agosto de 1945, ha derivado hacia caminos imprevisibles, porque limitada la exploración

---

1 Por una de esas coincidencias históricas significativas, la misma fecha que el texto creador de la moderna anatomía humana, el de Vesalio, *De humani corporis fabrica*.

2 Obviamente, la Segunda Guerra Mundial no se explica únicamente por este enfrentamiento, como indica la presencia de la Unión Soviética de Stalin, no precisamente un régimen democrático, en el lado de los Aliados.

tripulada del espacio, luego de la carrera, de más que evidente sentido político y de prestigio, entre los Estados Unidos y la URSS por poner el pie en la Luna, cerrada con el éxito del Apolo XI norteamericano el 20 de julio de 1969, la inesperada expansión se ha producido en otro terreno, el de las comunicaciones y el tratamiento de la información.

El siglo XIX puede verse como una encrucijada de fuerzas y procesos<sup>3</sup>, caminos iniciados muchos de ellos largo tiempo atrás alcanzaron al fin su culminación, en tanto que lo que apareció en embrión en esa etapa histórica podemos hoy verlo en su probable plenitud. Sería difícil encontrar un acontecimiento de esa centuria, relativo al ámbito de las ciencias, de mayor transcendencia que la exposición de una teoría, con un elevado nivel de elaboración, sobre el origen de las especies de los seres vivientes. Desde luego, frente al dogma creacionista de tradición milenaria —y que como toda pretensión omniabarcadora acababa por carecer de contenido explicativo alguno—, la idea de la mutabilidad de los grupos de animales y plantas tampoco carecía de antiguos e ilustres antecedentes, que podrían hacerse remontar hasta Empédocles (siglo V a. C.)<sup>4</sup>, pero que como referentes inmediatos del autor de ese texto revolucionario, Charles Robert Darwin (1809-1882), habrían de limitarse a Goethe, el propio abuelo del naturalista británico, el filósofo Erasmus Darwin, y el zoólogo francés Lamarck.

Incluso podría interpretarse la teorización sobre el origen de las especies como una consecuencia más o menos evidente de la Ilustración<sup>5</sup>, como cabe apreciar en este pasaje, de transparente significado, de uno de los padres de la *Enciclopedia*:

Cuando consideramos el reino animal, y nos damos cuenta de que, entre los cuadrúpedos, no hay ni uno cuyas funciones y partes, sobre todo interiores, no sean semejantes a las de otro cuadrúpedo, ¿no podríamos creer que no hubo más que un primer animal prototipo de todos los animales en el cual la naturaleza sólo ha alargado, acortado, transformado, multiplicado, desgastado, ciertos órganos?<sup>6</sup>

---

3 Un momento, en suma, de cambios; véase el monumental trabajo de Jürgen Osterhammel, *La transformación del mundo. Una historia global del siglo XIX*. Traducción de Gonzalo García. Barcelona, Crítica, 2015.

4 Obviamente, hay que referirse al transformismo de este pensador con todas las cautelas necesarias, dado lo fragmentario de su legado preservado, que además sugiere una idea de los seres vivos muy semejante a un mecano de piezas intercambiables; véase *Los filósofos presocráticos*, II, edición de Ernesto La Croce, Madrid, Gredos, 1979, págs. 207-220.

5 La aparentemente inocua taxonomía contenía también en germen conclusiones inevitables sobre la proximidad del hombre con sus parientes simiescos. Linneo ya expresó que nada distinguía a un simio de un humano por su figura: Caroli Linnæi, *Fauna svecica*, Lugduni Batavorum, Conradum Wishoff et Georg. Jac. Wishoff, fil. Conr., 1746; Præfatio, fol. 3v. No es de extrañar, en consecuencia, que Darwin alabara la sagacidad clasificatoria de Linneo al situar al hombre entre los primates; Charles Darwin, *El origen del hombre*, prólogo y traducción de Joandomènec Ros, epílogo de Carlos Lalueza-Fox, nota preliminar de José Manuel Sánchez Ron, Barcelona, Crítica, 2009, pág. 194. El científico no dejó de observar (pág. 195) el inconveniente de haber sido el ser humano su propio clasificador y pensar durante siglos que era caso aparte en el reino de lo viviente.

6 Denis Diderot, *Sobre la interpretación de la naturaleza*, introducción y notas de Mauricio Jalón, traducción de Julián Mateo Ballorca, edición bilingüe, Barcelona, Anthropos, 1992, pág. 25.

Desplazado el lugar de morada del ser humano de un imaginario centro del espacio, o por mejor decir la cúspide una jerarquía; derribada su pretensión de pertenecer a un estatus distinto al del resto de los animales, quedaba por conquistar un último enigma, el del mecanismo del pensamiento. La gran pregunta, si la caja y su contenido, cerebro y funciones mentales, eran la misma cosa, es un interrogante al que, con todas las reservas que se quiera, no se le ha dado una respuesta definitiva y cerrada. Otra cosa es la comprobación más que fehaciente de que éstas son imposibles sin aquél, que existe una correspondencia unidireccional entre el órgano y su producto. Precisamente mediado el siglo XIX, y a no mucha distancia de la publicación de *El origen de las especies*, se produjeron avances gigantescos en la localización de varias funciones cerebrales concretas, muy especialmente de la intrínsecamente humana del lenguaje, casos del área de Broca (descrita en 1864) y la de Wernicke (delimitada en 1874). Los avances del localizacionismo, postura que cuenta, al menos en bosquejo, con un ilustre antecedente clásico castellano, en una obra de tan prolongada como extensa influencia europea<sup>7</sup>, parecían abocados a derrotar toda postura imaginable de dualismo, que defiende una estructura material, el cerebro, y una actividad o hasta entidad inmaterial, la mente. Hubiera debido exorcizarse, pues, el fantasma dentro de la máquina, en terminología tan felizmente explotada por Ryle<sup>8</sup>.

La persecución de ese fantasma fue desde sus orígenes el objetivo principal de una rama del conocimiento, la psicología, que solo en el último tercio del siglo XIX intentó abandonar las disquisiciones introspectivas y su dependencia de planteamientos a fin de cuentas filosóficos con vistas a la ansiada dimensión de cientificidad. Que uno de los textos clásicos, auténtica piedra angular, *The Principles of Psychology* de William James (1842-1910), date de los últimos años de la centuria —1890—, certifica lo atrasada que estaba la recién llegada disciplina con respecto a sus compañeras en el estudio integral del ser humano. Pero si James había abordado la forma de explicar el funcionamiento de los procesos mentales que llevan a los sentimientos, deseos o percepciones —un poco en la onda de la división por facultades del remoto y para él más que probablemente ignorado Huarte de San Juan—, el camino empírico había sido emprendido desde algo antes, el año 1875, por Wilhelm Wundt (1832-1920) —considerado

---

7 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*. Edición de Guillermo Serés. Madrid, Cátedra, 1989. La edición príncipe es de 1575. El pasaje más pertinente al tema referido afirma: “en el cerebro ha de haber órgano para el entendimiento, y órgano para la imaginación, y otro diferente para la memoria. Porque si todo el cerebro estuviere organizado de una mesma manera, o todo fuera memoria o todo entendimiento, o todo imaginación. Y vemos que hay obras muy diferentes, luego forzosamente ha de haber variedad de instrumentos.”; ed. cit., págs. 322-323.

8 Gilbert Ryle, *El concepto de lo mental*. Traducción de Eduardo Rabossi. Barcelona, Paidós, 2005. La obra original data de 1949.

por muchos historiadores el creador de la psicología científica— y su laboratorio de psicología experimental.

El psicólogo que se ha venido considerando como de influencia más directa sobre Sigmund Freud (1856-1939) es Gustav Fechner (1801-1887) —introdutor del principio de conservación de la energía en psicología—, lo que el propio analista no ocultó<sup>9</sup>. Algunos conceptos acuñados por Fechner delatan, a su vez, una influencia darwinista nítida —muy sensible en la naciente disciplina de la psicología en general—, caso del “principio de la tendencia a la estabilidad”<sup>10</sup>, aunque su anecdótica pretensión de indagar en la vida psicológica de las plantas y no digamos la fantástica y juvenil anatomía de los seres angélicos<sup>11</sup> no han contribuido precisamente a mantener el buen nombre científico de su legado.

Era inevitable que la imposición de las ideas evolucionistas por medio de una teoría que había encontrado en el mecanismo de la selección natural una explicación muy plausible afectara de manera radical al planteamiento del proyecto psicológico<sup>12</sup>. El propio Darwin, como se verá en su momento, siempre estuvo preocupado por estas cuestiones, aunque nunca sus ideas al respecto fueron más allá de simples anotaciones dispersas. Sus concepciones biológicas calaron en los textos de psicología con mayores pretensiones abarcadoras; William James, en concreto, activo en los años de gestación del psicoanálisis, se declaró evolucionista, aunque de una manera un tanto sui generis, en la senda del atomismo, pues postulaba que las nuevas formas no serían sino redistribuciones de unos mismos materiales, de las nebulosas estelares a nuestros cerebros<sup>13</sup>, y desde luego no pudo estar más lejos de lo que sería crucial en Freud, pues si rebatió los estados inconscientes de la mente, tanto más la existencia misma de un inconsciente<sup>14</sup>.

La nueva situación, con todo, estaba claramente planteada: si el ser humano, en su condición de animal, no suponía un salto cualitativo en relación a las especies

---

9 Sigmund Freud, *Autobiografía, Historia del movimiento psicoanalítico*, traducción de Luis López-Balletes y de Torres, Madrid, Alianza, 1969, pág. 83.

10 Henri F. Ellenberger, *El descubrimiento del inconsciente. Historia y evolución de la psiquiatría dinámica*, traducción de Pedro López Onega, Madrid, Gredos, 1976, pág. 259.

11 *Nanna oder über das Seelenleben der Pflanzen*. Leipzig, Leopold Voss, 1848. *Vergleichende Anatomie der Engel*. Leipzig, Im Industrie-Comptoir, 1825. Fechner ocultó su nombre en la primera edición tras el pseudónimo “Dr. Mises”.

12 Daniel Thomas Howard, “The influence of evolutionary doctrine on psychology”, *Psychological Review*, XXXIV, nº 4, julio de 1927, pág. 305, defiende la necesidad de referirse a la psicología predarwinista y la posdarwinista.

13 William James, *Principios de Psicología*, traducción de Agustín Bárcena, Méjico, Fondo de Cultura Económica, 1989, pág. 119. La primera edición es de 1890; esta traducción castellana se basa en la versión definitiva en inglés de 1981.

14 James, *op. cit.*, págs. 133-144.

más cercanas al mismo, ¿de qué manera afectaba esto al dominio que siempre se había creído su único patrimonio, el mental?

Casi inevitablemente, el entrecruzamiento de algunas de estas corrientes produjo interesantes ensayos de adentrarse en la comprensión de la actividad cerebral. Psicología introspectiva y biología posdarwinista se funden, en efecto, en una de esas corrientes, que, probablemente más que por casualidad, nació a caballo de los siglos XIX y XX y estuvo llamada a marcar no ya el área de conocimiento a la que pertenecía sino una enorme porción de la vida cultural de la primera mitad, incluso con prolongaciones aisladas posteriores, de la centuria de las dos guerras mundiales. Porque, en efecto, el psicoanálisis, que no otra disciplina es la aludida, estuvo cerca de alcanzar su programa máximo, el de convertirse en una suerte de llave maestra para la interpretación no solo de la psique del ser humano sino de todos sus productos, su forma de estar en sociedad, el arte, la literatura y la cultura en general<sup>15</sup>. Es significativo que de su cenit a su ocaso<sup>16</sup>, el psicoanálisis no dejara de ser contestado y criticado en un punto fundamental, su auténtica naturaleza en cuanto a su encuadramiento en el marco del resto de las ciencias, algo que deberá aparecer una y otra vez a lo largo del presente texto. Pero independientemente de la respuesta que se le dé a esta cuestión, un tema como es lógico en absoluto menor, de lo que es imposible dudar es de la importancia del psicoanálisis como entramado de ideas, aun si se quiere como ideología, en la primera mitad del siglo XX. Tal vez tengamos un indicio de la verdadera naturaleza del psicoanálisis en la extraña, pero perfectamente comprensible, fascinación que ejerció sobre la zona de la que acaso estaba más cercano, el arte. Así ocurrió durante decenios en la poesía y la pintura surrealistas, el cine expresionista y hasta el más comercial y tantas y tantas oleadas de novelas.

Ahora bien, en lo que sí coincidieron darwinismo y psicoanálisis fue en la preponderancia histórica sobre sus campos respectivos<sup>17</sup>, al menos durante un tiempo, el de su plenitud, y en la enorme influencia sobre cualquier aspecto de la vida humana, lo que en absoluto es de extrañar, pues sus planteamientos afectan a ideas centrales que el ser humano había mantenido sobre sí mismo.

---

15 Una visión totalizadora del psicoanálisis, por ejemplo, en Helio Carpintero, *Historia de la psicología*, I, Valencia, Nau, 1986, pág. 175, donde se expone el sistema de Freud como algo casi inabarcable: una teoría de la evolución, de las neurosis, de la cultura, del papel sexual. El texto incurre en una admiración rendida, casi hagiográfica, porque afirma que "La obra de Freud es sumamente original y su creador una de las figuras geniales de la cultura contemporánea".

16 De lo que puede dar una muestra su actual presencia mayoritariamente secundaria en los planes de estudios de las Universidades, salvo posiblemente Argentina.

17 Daniel Lawrence Schacter, *Forgotten Ideas, Neglected Pioneers: Richard Semon and the Story of Memory*, Ann Arbor, Michigan, Sheridan Books, 2001, pág. 5.

Muchos críticos de la cultura e intelectuales de izquierda suelen añadir un tercer nombre a la nómina de los creadores del mundo conceptual moderno, el de Karl Marx (1818-1883). Los que aceptan que el influjo de Freud es parangonable a los de Darwin y Marx, lo hacen porque entienden que realizó un intento impar de situar los fenómenos mentales humanos dentro del radio de acción del determinismo histórico<sup>18</sup>. Llegó incluso a hablarse de un freudomarxismo, probablemente el caso más intenso de las influencias detectables de Marx sobre la historia de la psiquiatría dinámica, fundado por Wilhelm Reich (1897-1957) —intento de fusión que por cierto le granjeó ser expulsado tanto del Partido Comunista Alemán como de la Asociación Psicoanalítica Internacional—, con textos como *Materialismo dialéctico y psicoanálisis* (1929), cuya máxima plasmación social habría sido el Mayo del 68 francés y Herbert Marcuse (1898-1979) su teórico político asociado más insigne.

Evaporada la ilusión de su fundador de situar el método que creara en la cumbre de las revoluciones científicas, junto a los auténticos terremotos intelectuales promovidos por Copérnico y Darwin, es hora de resituar parte de la historia del psicoanálisis, la que lo conecta más directamente con las ciencias biológicas.

Las relaciones entre el evolucionismo darwinista y la psicología freudiana<sup>19</sup> pueden estudiarse en varios planos; obviamente, el más ajustado desde un punto de vista histórico es el de la influencia de aquél sobre ésta, hoy generalmente admitida tanto por los historiadores de la biología, como los de la psicología o la cultura<sup>20</sup>; de hecho, hay un amplio acuerdo en la literatura especializada en reconocer que, fuera del ámbito estrictamente biológico, el campo donde se sintió con más fuerza la influencia de Darwin fue en el psicoanálisis, hasta el punto de haberse afirmado que la aportación de Freud no puede comprenderse sin las

---

18 Marvin Harris, *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura*, traducción de Ramón Valdés del Toro, Madrid, Siglo XXI, 1979, pág. 396.

19 En relación al resto de las ramas de la psicología, Freud pretendía que el psicoanálisis constituía su base misma. Citado por Jacques van Rillaer, *Las ilusiones del psicoanálisis*, traducción de Antoni Vicens, Barcelona, Ariel, 1985, pág. 36.

20 Uno de los raros casos de actitud negativa en Howard E. Gruber y Robert T. Keegan, “Darwin and the Human Sciences” en Roger G. Chapman y Cleveland T. Duval (eds.), *Charles Darwin 1809-1882: A Centennial Commemorative*, Wellington, Nueva Zelanda, Nova Pacifica, 1982, pág. 300, autores para los que Freud no se habría hecho mucho eco de las perspectivas evolucionistas para el punto de partida de creación de su sistema y que, como mucho, éste presentaría tan solo algunos paralelismos atractivos con el darwinismo. Una conclusión atípica, en contra de las innumerables pruebas de la influencia directa, y más cuando Gruber y Keegan se reconocen muy deudores de Sulloway, autoridad que no deja lugar a dudas en este aspecto.

bases sentadas por el biólogo británico<sup>21</sup>. Sin embargo, no pocos paralelismos<sup>22</sup> entre ambas disciplinas ayudan a trazar los procesos de recepción o crítica a que se vieron sometidas; incluso en el catálogo de sus antecedentes respectivos, el evolucionismo y una de las ideas axiales del psicoanálisis, el inconsciente, cuentan con una prolongada tradición dentro de la cultura occidental; otra cosa es que aquél cuajase bajo la forma de un enunciado científico —teoría o al menos programa de investigación— y éste no pasase de una formulación poética o simbólica. Darwinismo y psicoanálisis comparten una cierta visión no del todo optimista de la condición y estatus del ser humano<sup>23</sup>, pues el primero ve la evolución como algo azaroso, carente de sentido último<sup>24</sup> y el psicoanálisis, que entiende en concreto al ser racional por excelencia, el hombre, como no completamente dueño de su pensamiento.

En tanto que la idea del inconsciente sirve para expresar algunas de las fuerzas incontroladas, y en no pocas ocasiones malignas, del ser humano, la idea tiene un antecedente muy claro en uno de los arquetipos más fructíferos del romanticismo alemán, el doble. Pero si en la literatura, ese doble es un sosias inquietante que el protagonista del relato, novela o poema debe encontrar estupefacto frente a sí, el nuevo doble encarnado por el concepto del inconsciente está enterrado en lo más profundo de la personalidad de uno mismo<sup>25</sup>.

---

21 Alex Comfort, "Darwin y Freud", en *Darwin y la mujer desnuda. Ensayos discursivos sobre biología y arte*, traducción de R. B. Costa, Barcelona, Seix Barral, 1965, pág. 41. No parece que suponga un gran avance que, al aceptar las dificultades de verificación del psicoanálisis, el autor (pág. 42), que escribe en 1960, admita que algunos detalles tanto en las exposiciones de Darwin como en las de Freud sean seguramente falsos. Comfort se expresa como un convencido de la verificación de las afirmaciones del psicoanálisis (pág. 43), aunque no deje de ser pintoresco que uno de sus argumentos sea que el método de Freud haga comprensible, según él, nada menos que *Vida y opiniones del caballero Tristram Shandy* (1759), la atípica novela de Laurence Sterne (1713-1768). De igual modo, no pasa de la declaración de buenas intenciones su pretensión (pág. 64) acerca de las posibilidades de aportarse mutuamente nuevos conocimientos entre la biología y el psicoanálisis.

22 Las analogías basadas en metáforas o imágenes más o menos brillantes en lo literario, del tipo de la que ve el psicoanálisis como una arqueología de las capas profundas del psiquismo, como la paleontología lo habría sido del registro fósil, no contribuyen en realidad con datos tangibles a la discusión.

23 Richard Langton Gregory, *Mind in Science. A History of Explanations in Psychology and Physics*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1981, pág. 358. Concluye que el psicoanálisis supuso el esfuerzo más serio y sostenido por escudriñar en las profundidades más tenebrosas de la mente, pero que posiblemente Freud se vio reflejado a sí mismo en ese abismo. En el corto espacio que Gregory le dedica al psicoanálisis, págs. 353-358, su enfoque se muestra especialmente agudo. Es llamativo su entendimiento del darwinismo como adaptación al mundo natural del *laissez faire* económico. Del mismo modo, una de sus ideas concretas, la lucha por la existencia, podría provenir de la competición inherente a la expansión de la actividad económica del Imperio Británico; John C. Greene, "The History of Ideas Revisited", *Revue de synthèse*, CVII, n° 3, julio de 1986, pág. 207.

24 Esta idea es la que culminó en el nefasto darwinismo social, que en honor de verdad fue rechazado violentamente por Darwin mismo y por T. H. Huxley; John Herman Randall, Jr., "The Changing Impact of Darwin on Philosophy", *Journal of the History of Ideas*, XXII, n° 4, octubre-diciembre de 1961, págs. 445-446.

25 Es ese "otro" dentro de la personalidad, como Freud lo define y al que Rillaer, *Las ilusiones del psicoanálisis*, pág. 277, se refiere, no sin sorna más que notoria, como "un inquilino que el propietario no conoce".



Una vez establecidos en una primera fase los paralelismos<sup>26</sup>, no dejan de surgir inmediatamente las divergencias, porque tanto sobre todo Freud como sus seguidores más o menos ortodoxos defendían la pretensión de haber fundado algo nuevo —una ruptura radical con la disciplina de la psicología tal como había llegado hasta ellos—, en tanto que Darwin nunca expuso que sus novedosas ideas fueran algo distinto de la ciencia biológica<sup>27</sup>. Pero por mucho que se diera algún tipo de quiebra, no parece posible admitir la consecuencia límite, que Freud rompiera de hecho con la idea misma de ciencia unificada, aun sí llegó a crear una escuela o doctrina singular<sup>28</sup>. No es ocultable el cambio drástico de actitud, puesto que hasta Janet los psicólogos trabajaban y publicaban dentro de sociedades culturales bien establecidas, apartándose Freud de esas prácticas, creando no solo su escuela, sino su propia asociación profesional, su método terapéutico, que se realiza en privado, y su red de publicaciones especializadas<sup>29</sup>. Las nuevas posturas suscitaron no ya la inquietud y desconfianza de los sectores profesionales directa o indirectamente afectados por la aparición del psicoanálisis, sino serias dudas procedentes de otras capas de la intelectualidad europea, entre ellas obviamente los científicos de cualquier rama. Por ello, es plausible que el creador del psicoanálisis buscara en el darwinismo lo mismo sólidas bases biológicas y filosóficas para su propuesta como también un marchamo científico de categoría indiscutida<sup>30</sup> y al mismo tiempo con el atrevimiento de constituir una teoría de vanguardia, que protegiese de la crítica su audaz método. En su condición de ciencia naciente, grado al que sin duda aspiraba el psicoanálisis, conllevaba, de acuerdo con historiadores y filósofos, un grado inevitable de especulación.

---

26 Algunos, verdaderamente sorprendentes, se le escaparían a cualquiera que no partiera de una postura algo dogmática, como la afirmación de “las claras semejanzas entre *El origen de las especies* y *La interpretación de los sueños*”; John Forrester, *Sigmund Freud, partes de guerra: el psicoanálisis y sus pasiones*, traducción de Mireya Reilly de Fayard, Barcelona, Gedisa, 2001, pág. 192. Otro ejemplo de la intransigencia de Forrester en pág. 180: no entender *La interpretación de los sueños* sería señal de estupidez o resistencia.

27 Ronald William Clark, *Freud, el hombre y su causa*, traducción de José Antonio G. Larraya. Barcelona, Planeta, 1985, pág. 160.

28 Ellenberger, *El descubrimiento del inconsciente*, págs. 9-10. El problema se agudizaría aún más con la aparición de los cismas heterodoxos, auténtico fenómeno de renacimiento de las sectas, en opinión de Ellenberger. Es importante centrar la gran contribución de Ellenberger a la historia de la psiquiatría y su ejemplar actitud hacia Freud; si criticó la doctrina del psicoanálisis, no dudó de la grandeza intelectual del logro de Freud ni el profundo impacto cultural de su obra; Mark S. Micale, “Henri F. Ellenberger: The History of Psychiatry as the History of the Unconscious”, en Mark S. Micale y Roy Porter (eds.), *Discovering the History of Psychiatry*, Nueva York, Oxford, Oxford University Press, 1994, pág. 121.

29 Ellenberger, *op. cit.*, pág. 473.

30 Por descontado que Freud quería ir mucho más allá de los pilares de puro sentido común con los que parece contentarse Forrester, *Sigmund Freud, partes de guerra: el psicoanálisis y sus pasiones*, pág. 253.